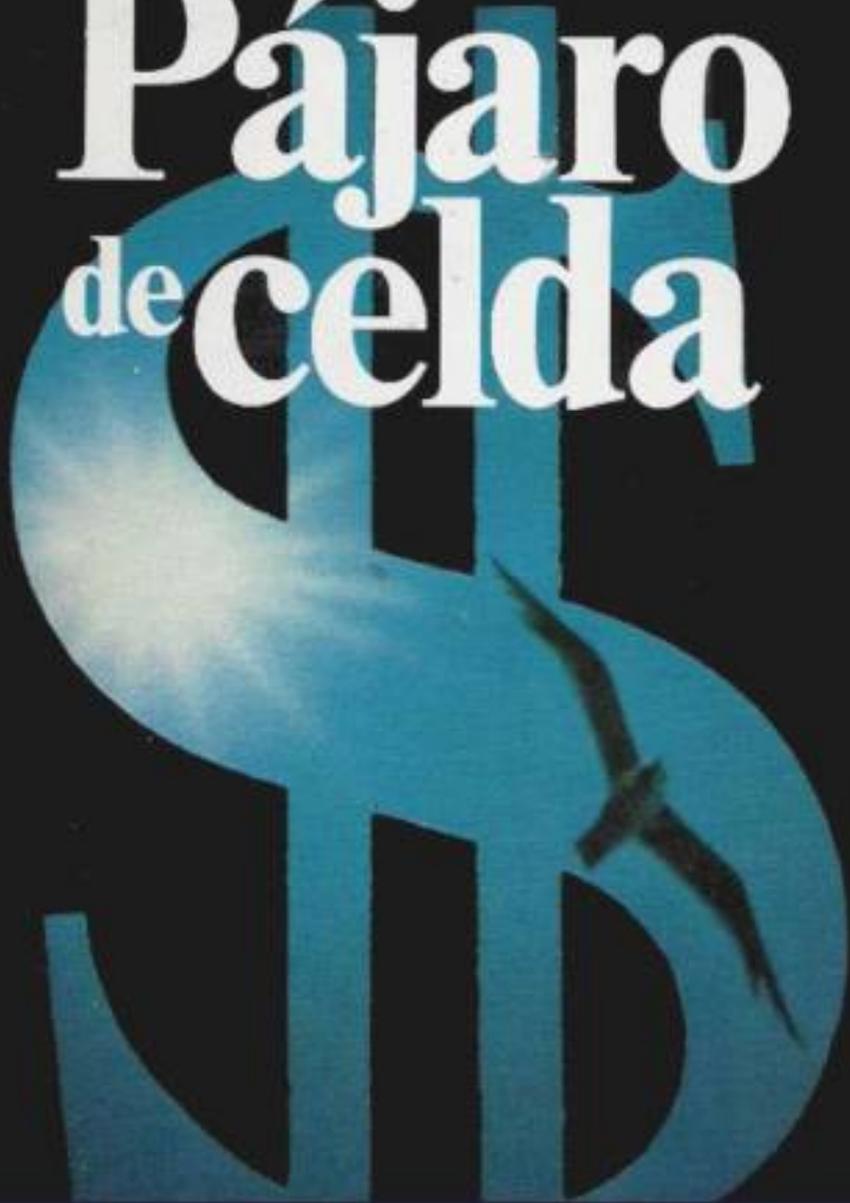


Kurt Vonnegut

**Pájaro
de celda**



UNA ESTUPENDA SATIRA DEL PODER Y DEL DINERO

¿Se puede tener 66 años, ser un ex consejero de Nixon, y aún conservar la inocencia? Sí, se puede. Es el caso de Walter F. Starbuck, el "pájaro de celda" que da título a esta novela cruel y divertida, sarcástica y tierna, sonriente y patética. Con ironía y malicia, Vonnegut nos presenta la gran farsa —a veces dolorosa— de los mitos sociales y políticos norteamericanos, y, sobre todo, del mítico dinero (o, mejor todavía, de los extraños sistemas que la gente ha inventado para adueñarse de él, conservarlo y no soltarlo por nada del mundo). No obstante, si observamos la prolongada lista de injusticias y fechorías que se evocan en esta novela, cuesta trabajo imaginar el regocijo que depara su lectura: desde el escandaloso proceso a Sacco y Vanzetti hasta el Watergate, la insaciable codicia de las multinacionales, la segunda guerra mundial, las consecuencias de la radiación atómica, la mugre urbana y las películas pornográficas. Pero la pluma de Vonnegut —maestro de ceremonias en este baile de fantasía que él mismo inventa— equivale al espejo deformante de las ferias y parques de atracciones: una vez delatado el aspecto cómico o grotesco del drama, todo se resuelve en una sonrisa. Vonnegut es uno de los pocos humoristas excepcionales de la última generación. La aparente sencillez de su diáfana prosa es buena prueba de su finura estilística y de su segura inspiración. Con *Pájaro de celda* se supera a sí mismo y nos convence de que una sátira rigurosamente lúcida puede ser también ligera y divertida.

*Para Benjamín D. Hitz,
íntimo amigo de mi juventud,
Padrino de mi boda.
Ben, solías hablarme de
Libros maravillosos que acababas de leer,
Y luego yo imaginaba que
También los había leído.
Sólo leías lo mejor, Ben,
Mientras yo estudiaba química.
Hace tanto que no nos vemos.*

PRÓLOGO

Sí, Kilgore Trout está otra vez de vuelta. No pudo triunfar fuera. Lo cual no es ninguna desgracia. Hay muchísima buena gente que no puede triunfar fuera.

* * *

Recibí una carta esta mañana (16 de noviembre de 1978) de un desconocido, un joven llamado John Figler, de Crown Point, Indiana. Crown Point es famoso porque de su cárcel se fugó el atracador de bancos John Dillinger en plena Gran Depresión. Dillinger escapó amenazando a su carcelero con una pistola hecha con jabón y betún. Su carcelero era una mujer. Descanse en paz su alma, y también la de ella. Dillinger fue el Robin Hood de mi primera juventud. Está enterrado cerca de mis padres (y cerca de mi hermana Alice, que le admiraba aún más que yo), en el cementerio de Crown Hill, en Indianapolis. También está allí, en la cima de Crown Hill, en el punto más alto de la ciudad, James Whitcomb Riley, «el poeta de Indiana». Mi madre conoció a Riley muy niña aún.

Dillinger fue sumariamente ejecutado por agentes del FBI. Le acribillaron en un lugar público, aunque él no intentó escapar ni ofrecer resistencia. Por eso no tiene nada de reciente el poco respeto que me inspira el FBI.

John Figler es un estudiante de bachiller muy respetuoso de la ley. Dice en su carta que ha leído casi todo lo mío y que ya está en condiciones de exponer la única idea que subyace en el núcleo de la obra de mi vida hasta hoy. Le

cedo la palabra: «Puede fallar el amor, pero prevalecerá la cortesía.»

Esto me parece cierto... y completo. Así que me veo ahora en la vergonzosa posición de tener que admitir, a los cinco días de mi cincuenta y seis aniversario, que no tenía por qué haberme molestado en escribir varios libros. Habría bastado con un telegrama de ocho palabras.

En serio.

Pero este vislumbre genial del joven Figler me llegó demasiado tarde. Casi había acabado ya otro libro... éste.

* * *

Hay en él un personaje secundario, «Kenneth Whistler», inspirado en un hombre de Indianapolis de la generación de mi padre. El inspirador se llamaba Powers Hapgood (1900-1949). Se le menciona a veces en las historias del movimiento obrero norteamericano por sus valerosas proezas en huelgas y en las protestas por las ejecuciones de Sacco y Vanzetti, y demás.

Sólo le vi una vez. Comí con él y con mi padre y con mi tío Alex, el hermano más pequeño de mi padre, en el restaurante Stegemeier's, en el centro de Indianapolis, cuando regresé a casa de la parte europea de la Segunda Guerra Mundial. Fue en junio de 1945. Aún no se había tirado la primera bomba atómica en el Japón. Eso pasaría un mes después. Imaginaos.

Yo tenía veintidós años y aún llevaba uniforme: era un soldado de primera clase que había colgado los estudios de química en la Universidad de Cornell antes de ir a la guerra. Mis perspectivas no parecían buenas. No había negocio de la familia en el que entrar. La empresa de arquitectura de mi padre estaba ya difunta. Mi padre, arruinado. De todos modos, acababa de comprometerme a casarme, pensando: «¿Quién si no una esposa dormiría conmigo?»

Mi madre, como ya he dicho *ad nauseam* en otros libros míos, había renunciado a seguir viviendo, dado que ya no podía ser lo que había sido en la época de su matrimonio: una de las mujeres más ricas de la ciudad.

* * *

Fue mi tío Alex quien concertó aquella comida. Él y Powers Hapgood habían sido compañeros en Harvard. Harvard aparece constantemente en este libro, aunque yo nunca estudié allí. Enseñé luego allí, brevemente y sin sobresalir por nada... mientras mi hogar se hacía pedazos.

Confié esto a uno de mis alumnos, lo de que mi hogar se hacía pedazos.

A lo cual dio esta respuesta: «*Se nota.*»

El tío Alex era tan conservador políticamente que no creo yo que hubiese comido con Hapgood a gusto si no hubieran sido condiscípulos en Harvard. Hapgood era por entonces empleado de un sindicato, vicepresidente del CIO local. Su mujer, Mary, había sido candidata a la vicepresidencia de los Estados Unidos por el partido socialista varias veces.

De hecho, la primera vez que yo voté en unas elecciones nacionales, voté por Norman Thomas y Mary Hapgood, sin saber siquiera que ella era de Indianapolis. Ganaron Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman. Yo creía ser socialista. Creía que el socialismo sería bueno para el hombre corriente. Como soldado de infantería de primera, yo era, sin duda, un hombre corriente.

* * *

La comida con Hapgood se debió a que yo le había contado al tío Alex que quizás intentase buscar trabajo en un sindicato cuando me licenciasen. Por entonces, los sindi-

catos eran instrumentos admirables para arrancar algo así como justicia económica a los patronos.

El tío Alex debió pensar más o menos esto: «Válgame Dios. Hasta los dioses luchan en vano contra la estupidez. Pero, en fin, al menos hay un hombre de Harvard con quien se puede hablar de este sueño ridículo.»

(Fue Schiller el primero que dijo eso de la estupidez y de los dioses. Esta fue la respuesta de Nietzsche: «Hasta los dioses luchan en vano contra el aburrimiento.»)

Así que el tío Alex y yo nos sentamos en una mesa de Stegemeir's, delante, y pedimos cervezas y esperamos a que llegasen mi padre y Hapgood. Venían cada uno por su cuenta. Si hubiesen venido juntos, no habrían tenido de qué hablar por el camino. Por entonces, mi padre había perdido ya todo interés por la política y la historia y la economía y cosas semejantes. Le había dado por decir que la gente hablaba demasiado. Para él, las sensaciones significaban más que las ideas... sobre todo la sensación de materiales naturales en la yema de los dedos. Unos veinte años después, cuando ya se estaba muriendo, llegó a decir que le hubiese gustado ser alfarero para poder hacer todo el día tortitas de barro.

Eso fue para mí muy triste... porque mi padre era una persona muy culta. Y me parecía que estaba desechando sus conocimientos y su inteligencia, lo mismo que un soldado en retirada puede desechar el fusil y el macuto.

A otras personas les parecía maravilloso. Era un hombre muy querido en la ciudad. De manos extraordinariamente hábiles. Y era siempre cortés e inocente. Consideraba santos a todos los artesanos, por muy ruines o estúpidos que fueran.

Por cierto que el tío Alex no era capaz de hacer nada con las manos. Ni tampoco mi madre. Ni siquiera era capaz de preparar un desayuno o coser un botón.

Powers Hapgood sabía extraer carbón. Eso fue lo que hizo tras graduarse en Harvard, mientras sus condiscípulos

ocupaban sus puestos en los negocios de la familia y en corredurías y en bancos y demás: él extraía carbón. Creía que un verdadero amigo de los trabajadores también debía ser trabajador él... y bueno, además.

Así que he de decir que mi padre, en la época en que llegué a conocerle, cuando también yo era ya más o menos adulto, era un buen hombre en plena retirada de la vida. Mi madre ya se había rendido y había desaparecido de nuestro cuadro de organización. Así que yo siempre he tenido un aura de derrota por acompañante. Y por eso me han encantado siempre los bravos veteranos como Powers Hapgood y tros, aún ávidos de información de lo que pasaba realmente, llenos aún de ideas para arrebatarse la victoria de las fauces mismas de la derrota. «Si voy a tener que seguir viviendo —he pensado—, será mejor seguirles.»

* * *

Una vez intenté escribir un relato en el que mi padre y yo nos reuníamos en el cielo. De hecho, una primera versión de este libro empezaba así. Yo tenía la esperanza de llegar a ser en el relato un buen amigo suyo. Pero el relato se complicaba perversamente, como suele pasar con los relatos cuando tratan de individuos reales a quienes hemos conocido. Al parecer, en el cielo la gente podía tener la edad que quisiera, siempre que hubiera vivido tal edad en la tierra. Así, por ejemplo, John D. Rockefeller, el fundador de la Standard Oil, podía tener cualquier edad hasta los noventa años. King Tut, cualquiera hasta los veintinueve, y así sucesivamente. Me desilusionó, como autor del relato, el que mi padre decidiese tener sólo nueve años en el cielo.

Yo, por mi parte, había decidido tener cuarenta y cuatro: respetable, pero también muy atractivo aún. Mi desilusión con mi padre se convirtió en vergüenza y rabia. Era igual que un lémur, como lo son los niños a los nueve años, todo

ojos y manos. Tenía una reserva inagotable de lápices y cuadernos y andaba siempre siguiéndome los pasos, dibujándolo todo e insistiendo en que admirase los dibujos que acababa de hacer. Los recién conocidos me preguntaban a veces quién era aquel chiquillo tan raro, y yo tenía que decir la verdad porque en el cielo no se podía mentir: «Es mi padre.»

Los abusos disfrutaban haciéndole sufrir, porque no era como los otros niños. No se entretenía con las conversaciones de los niños ni con los juegos de los niños. Así que le perseguían y le agarraban y le quitaban los pantalones y los calzoncillos y los tiraban por la boca del infierno. La boca del infierno era como una especie de pozo de los deseos sin cubo ni polea. Podías asomarte y oír los alaridos desmayados de Hitler y Nerón y Salomé y Judas y gente así, allá, a lo lejos, abajo, muy abajo. Yo me imaginaba a Hitler, que sufría ya el máximo calvario, encontrándose periódicamente la cabeza cubierta con los calzoncillos de mi padre.

Y siempre que le robaban sus prendas, mi padre acudía corriendo a mí, rojo de rabia. Y yo a lo mejor estaba con alguien a quien acababa de conocer y a quien estaba impresionando con mi urbanidad... y aparecía mi padre, dando alaridos y con el pajarito ondeando al viento.

Me quejé a mi madre del asunto, pero me dijo que no sabía nada de él ni sobre él, pues sólo tenía dieciséis años. Así que no me quedaba más remedio que aguantarle, y lo único que podía hacer era gritarle de vez en cuando: «¡Por el amor de Dios, papá, por qué demonios no quieres crecer!»

En fin, el relato insistía tanto en ser desagradable, que dejé de escribirlo.

* * *

Pero entonces, en julio de 1945, padre entró en el Restaurante Stenegeir's, aún muy vivaz. Tenía más o menos la edad que tengo yo ahora, era viudo y no sentía el menor interés por volver a casarse ni manifestaba deseo visible de ningún género de amante. Tenía un bigote como el que tengo ahora yo. Yo entonces iba afeitado del todo.

Estaba terminando una prueba terrible: un colapso económico mundial seguido de una guerra mundial. Los soldados empezaban a regresar a casa en todas partes. Lo natural sería pensar que mi padre comentara eso, aunque fuera un comentario sobre la marcha, y que hablase de la nueva era que nacía. Pero no fue así.

Habló, por el contrario, de un modo absolutamente delicioso, de una aventura que le había sucedido aquella mañana. Yendo en coche por la ciudad, había visto que estaban derribando una casa vieja. Se detuvo y decidió echar un vistazo más de cerca al armazón. Advirtió que el umbral de la puerta principal era de una madera extraña, que decidió, por último, que era álamo. Creo que tenía unas ocho pulgadas por cuatro pies de longitud. Tanta admiración demostró por aquella madera, que los del derribo se la dieron. Le pidió a uno un martillo y sacó todas las puntas que vio.

Luego la llevó a un taller... para que le hicieran tablas con ella. Ya decidiría más tarde qué hacer con las tablas. Quería, sobre todo, ver las vetas de aquella madera insólita. Tuvo que garantizar en el taller que no quedaba ninguna punta en la madera. Lo garantizó. Pero quedaba una. Había perdido la cabeza y no se veía. La sierra circular lanzó un chirrido aterrador al tropezar con la punta. Salió humo de la cinta que intentaba hacer girar la sierra atorada.

Mi padre tuvo que pagar una sierra nueva y una cinta nueva, además, y le dijeron que no volviera a aparecer por allí con madera usada. De cualquier modo, estaba encantado. La historia era una especie de cuento de hadas, con una moraleja para todos.

Tío Alex y yo no mostramos una reacción demasiado intensa ante aquel relato. Como todos los de mi padre, quedaba tan limpiamente empaquetado y tan cerrado como un huevo.

* * *

En fin, pedimos más cervezas. Con el tiempo, el tío Alex sería uno de los cofundadores del capítulo de Alcohólicos Anónimos de Indianapolis, aunque su esposa decía a menudo, y con ahínco, que él, personalmente, jamás había sido alcohólico. Empezó a hablar de la Empresa Conservera Columbia, una fábrica de conservas que William, el padre de Powers Hapgood, también hombre de Harvard, había fundado en Indianapolis en 1903. Fue un famoso experimento de democracia industrial, pero yo nunca había oído hablar de él. Eran muchas las cosas de las que nunca había oído hablar yo.

La Empresa Conservera Columbia hacía salsa de tomate y chile y «catsup» y algunas cosas más. Dependía enormemente de los tomates. La empresa no tuvo beneficios hasta 1916. Pero en cuanto los tuvo, el padre de Powers Hapgood empezó a dar a sus empleados una parte, pues consideraba que los trabajadores tenían derecho a ello en todo el mundo. Los otros dos principales accionistas eran sus hermanos, también hombres de Harvard... y estaban de acuerdo.

Así pues, formó un consejo de siete obreros, que debía recomendar al consejo de dirección cuáles debían ser los salarios y las condiciones de trabajo. El consejo, sin que nadie le estimulase a hacerlo, había declarado ya que no habría períodos de paro forzoso estacional, pese a tratarse de una industria tan estacional, y que habría vacaciones pagadas, y que los servicios médicos de los trabajadores y de quienes de ellos dependiesen serían gratuitos, y que se pa-

garía a los enfermos y que habría un plan de jubilaciones y que el objetivo último de la empresa era que ésta, mediante un plan de distribución de acciones-beneficios, pasase a ser propiedad de los obreros.

—La empresa fracasó —dijo el tío Alex, con firme y torva satisfacción darwiniana.

Mi padre nada dijo. Puede que ni escuchase.

* * *

Tengo ahora a mano un ejemplar de *The Hapgoods, Three Earnest Brothers*^[1] de Michael D. Marcaccio (The University Press of Virginia, Charlottesville, 1977). Los tres hermanos del subtítulo eran William, el fundador de Empresa Conservera Columbia, Norman y Hutchins, también hombres de Harvard, ambos periodistas y editores y escritores de libros de tendencia socialista en Nueva York y sus proximidades. Según el señor Marcaccio, Empresa Conservera Columbia fue un éxito muy notable hasta 1931, en que la Gran Depresión la golpeó mortalmente. Se desprendió entonces de muchos trabajadores, y los que quedaron vieron mermado su salario en un cincuenta por ciento. Se debía mucho dinero a Continental Can, que insistía en que la empresa se comportase de un modo más convencional con sus empleados... aunque éstos fuesen accionistas, como lo eran la mayoría. El experimento había terminado. Ya no había dinero para pagarlo. Los que habían recibido acciones por la participación en beneficios poseían ahora pequeños fragmentos de una empresa que estaba casi muerta.

Tardó un tiempo en hundirse del todo. En realidad, seguía existiendo cuando el tío Alex y mi padre y Power Hapgood y yo comimos juntos aquel día. Pero era ya una empresa distinta, que no pagaba ni un céntimo más que cualquier otra. Por último, en 1953, se vendió lo que quedaba de ella a una empresa más fuerte.

* * *

Por fin entró Powers Hapgood en el restaurante; era un anglosajón del Medio Oeste muy normal, con un traje barato. Llevaba un emblema del sindicato en la solapa. Estaba contento. Conocía un poco a mi padre. Al tío Alex le conocía muy bien. Se disculpó por llegar tarde. Había estado en el Juzgado declarando sobre posibles violencias de un piquete de huelga de hacía unos meses. Él no había tenido nada que ver personalmente con el asunto: ya quedaban atrás sus tiempos heroicos. Nunca volvería a pelear con nadie, ni volverían a pegarle palos en las rodillas ni a meterle en la cárcel.

Era un gran conversador, con muchas más historias maravillosas de las que hubiesen contado nunca mi padre o mi tío Alex. Le encerraron en un manicomio después de dirigir los piquetes cuando la ejecución de Sacco y Vanzetti. Tuvo enfrentamientos con los organizadores del United Mine Workers de John L. Lewis, al que consideraba demasiado de derechas. En 1936, fue agente del CIO en una huelga contra la RCA en Camden, Nueva Jersey. Le detuvieron. Cuando varios miles de huelguistas rodearon la cárcel en una especie de linchamiento a la inversa, el alguacil consideró preferible ponerle de nuevo en libertad. Y más historias, muchísimas más. Como digo, he puesto lo que recuerdo de algunas de las cosas que contó en boca de un personaje imaginario de este libro.

Al parecer, había estado también contando historias toda la mañana en el Juzgado. El juez estaba fascinado, y también casi todos los demás que asistieron al juicio... probablemente por aquellas aventuras tan nobles y generosas. Al parecer, el juez había animado a Hapgood a seguir y seguir. En aquellos tiempos, la historia del movimiento obrero era una especie de pornografía, y aún más en éstos. En las escuelas públicas y en los hogares de la gente bien, era y

sigue siendo bastante tabú explicar historias de los sufrimientos y hazañas de los obreros.

Recuerdo el nombre del juez. Se llamaba Claycomb. Lo recuerdo con tanta facilidad porque su hijo «Moon» y yo habíamos sido compañeros de clase en el instituto.

El padre de Moon Claycomb, según Powers Hapgood, le hizo esta pregunta justo antes de la hora de comer:

—Señor Hapgood —le dijo—. ¿Por qué un hombre de familia tan distinguida y de tan excelente educación como usted decidió vivir así?

—¿Por qué? —dijo Hapgood, según Hapgood—. Por el Sermón de la Montaña, Señoría.

Y el padre de Moon Claycomb, dijo esto entonces:

—Se aplaza la sesión hasta las dos.

* * *

¿Qué era exactamente el Sermón de la Montaña?

La predicción que hizo Jesús de que los pobres de espíritu recibirían el reino de los cielos; que todos los que llorasen serían consolados; que los mansos heredarían la tierra; que los que tuviesen hambre y sed de justicia serían hartos; que los misericordiosos alcanzarían misericordia; que los limpios de corazón verían a Dios; que los pacíficos serían llamados hijos de Dios; que los perseguidos por causa de la justicia recibirían también el reino de los cielos. Y etc. etc.

* * *

El personaje de este libro inspirado por Powers Hapgood está soltero y tiene problemas con el alcohol. Powers Hapgood estaba casado y, que yo sepa, no tenía problemas graves con el alcohol.

* * *

Hay otro personaje secundario, al que llamo «Roy M. Cohn». Está sacado del famoso anticomunista y abogado y hombre de negocios llamado, bastante directamente, hemos de admitirlo, Roy M. Cohn. Le incluyo con su amable permiso concedido ayer (2 de enero de 1979) por teléfono. Le prometí que no le perjudicaría y que le presentaría como un abogado asombrosamente eficaz en la acusación y en la defensa de cualquiera.

* * *

Mi querido padre guardó silencio durante buena parte de nuestro viaje de vuelta a casa tras aquella comida con Powers Hapgood. Íbamos en su Sedan Plymouth. Conducía él. Unos quince años después le detuvieron por saltarse un semáforo en rojo. Y se descubrió entonces que llevaba veinte años sin permiso de conducir: lo que significa que no tenía permiso de conducir aquel día que comimos con Powers Hapgood. Su casa quedaba fuera, más o menos en el campo. Cuando llegamos al límite de la ciudad, dijo que, si teníamos suerte, veríamos a un perro muy divertido. Era un pastor alemán, dijo, que apenas podía mantenerse en pie por la cantidad de veces que le habían atropellado los automóviles. El perro aún salía arrastrándose a cazarlos, con los ojos llenos de valor y rabia.

Pero no apareció aquel día. Existía realmente. Le vi otro día que iba yo solo. Estaba allí acurrucado al borde de la carretera, dispuesto a hundir sus dientes en el neumático delantero derecho. Pero su ataque resultaba patético. Apenas si le funcionaban ya los cuartos traseros. Podría haber arrastrado igual un baúl de camarote con la potencia de sus patas delanteras sólo.